

La mejor manera de despejar la incógnita

La primera vez que estreché la mano de un escritor fue cuando mi padre nos llevó a la Feria del Libro. Un sujeto, cuyo nombre ahora carece de importancia, firmaba autógrafos mostrando una amabilidad algo forzada o falsa. Se trataba de un novelista de éxito, autor de inverosímiles historias que hablaban de mundos habitados por ovnis, extraterrestres y demás elementos propios del género. Mi padre derrochaba entusiasmo porque iba a conocer a quien, en sus propias palabras, «le gratificaba con tantas y tantas horas de inconmensurable placer». Para ese fin, mayormente, fuimos a Madrid, una semana de mayo de mil novecientos setenta y nueve.

La verdad es que no muchas personas deciden embarcar a su familia en un largo viaje de fin de semana, utilizando un pretexto tan original e infrecuente. Mi padre tenía su aquel. Al día de hoy pienso que era más listo de lo que la gente creía, pero ahora estoy convencido de que no lo era tanto como él sospechaba. He de confesar, en cambio, que yo soy menos listo de lo que la gente piensa; y no todo el mundo está dispuesto a realizar este tipo de afirmaciones, créanme.

Pero volvamos a los hechos. Resulta que en algunas personas, y en ciertas ocasiones, la curiosidad se despierta de pronto, surge una duda, obsesiva, como una súbita ráfaga de viento que al acariciar tu piel te redime del aburrimiento y la monotonía que a veces caracteriza nuestras vidas; pues bien, esa duda se transforma en una pregunta cuya respuesta, lamentablemente, no siempre se encuentra a nuestro alcance. Yo soy de esas personas, y aquella era una de esas ocasiones. Aguardando nuestro turno, mis padres, mi hermana y yo, desde una dilatada cola de fieles lectores, me preguntaba cuánto dinero ganaría un escritor de esos que firmaban ejemplares de libros. Mi madre me dijo que la mejor manera de despejar la incógnita era consultando a un profesional de la literatura, de la literatura con mayúsculas, y enfatizó estas últimas palabras, al tiempo que indicaba con un leve arqueado de cejas y una ligerísima inclinación de cabeza hacia una caseta contigua. Tras el mostrador de una humilde editorial, un hombre de inestimable edad, pero joven en cualquier caso, esperaba con ánimo reflexivo la llegada de algún admirador. Abandoné la cola de los ovnis y entablé una charla con aquel extravagante personaje.

—Mi nombre es Sid. ¿Tú sabes lo que quieres?

—Creo que sí —le contesté, algo sorprendido por un recibimiento tan directo y seco.

—Dime pues, qué es lo que quieres.

—Saber cuánto gana un escritor —contesté sin más demora.

Entonces, elevando la voz y en solemne actitud, exclamó:

—¿Hacia dónde me seguirá llevando este camino? Mi sendero sigue un itinerario absurdo, da rodeos y quizá también vueltas. ¡Que siga por dónde quiera! Yo lo seguiré.

Citaba el pasaje de una novela de Herman Hesse, aunque eso lo descubriría unos años después. En la caseta de su editorial, una de esas que se conocen con el sobreponderado atributo de independiente, se podía escuchar música de los Sex Pistols. Me atrevería a decir que ante mí se hallaba un tipo raro y singular, una curiosa combinación entre Siddhartha y Sid Vicious. Transcurridos unos segundos, como saliendo del trance y en un tono mucho menos dramático, aquel individuo me comentó lo siguiente:

—Un libro es un producto que nace con el propósito de ser vendido: que lo lean o no carece de efecto económico directo.

—Pero si el comprador lee tu producto y más tarde lo recomienda, será mejor, ¿no? —le repliqué.

—Sí, claro, claro... —contestó, un tanto descolocado por mi apreciación.

—Los escritores —prosiguió en clave didáctica— somos creadores de un producto que se rige por la gran ley económica, ¿sabes de qué te hablo?

—No estoy seguro.

—La ley de la oferta y la demanda. Apuesto a que habrás oído hablar de ella.

—Ya...

—Los panaderos hacen pan, los sastres confeccionan trajes, los confiteros preparan pasteles y los escritores escriben libros.

—Escriben y venden libros, ¿no? —maticé enseguida.

—En efecto. Hay quienes venden mucho, como el fabulador de al lado, hay quienes nada venden, como yo.

No supe qué decir. Tras un brevísimo silencio, Sid añadió unas últimas palabras:

—Sé que no he satisfecho tu curiosidad, pero si te lo propones, tú mismo descubrirás la respuesta.

Entonces, cuando el sol se escondía detrás de las nubes, el escritor me regaló un ejemplar de su novela y me estrechó la mano, dando así por cancelada la conversación.

Más tarde, como siempre, empezó a llover.